

SERGIO GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

El hombre sin cabeza



Una pesquisa insólita y un tejido narrativo de múltiples resonancias culturales y políticas sobre el clímax de la violencia en el mundo contemporáneo: las decapitaciones que realizan los sicarios del tráfico de drogas en México, o los fundamentalistas musulmanes, ambas difundidas por internet u otros medios, donde el acto de decapitar representa la pérdida de la razón en su sentido más extenso. El autor estudia también los fenómenos de la brujería y los sacrificios humanos vinculados a los traficantes de drogas, el uso de los cuerpos de las víctimas con mensajes crueles de gran alcance. Y la emergencia de un culto criminal como el de la Santa Muerte. Una crónica que presenta incluso el testimonio de un sicario y cortador de cabezas, y entrelaza la perspectiva del propio narrador a través de su refinada alternancia de la crónica, el ensayo y los apuntes autobiográficos. Este libro deja en claro que la materia periodística puede acceder al estatuto de historia contemporánea, y ésta transformarse a su vez en una práctica literaria de carácter excepcional.

Bahía lejana

En un instante las palabras quedan en suspenso. Se olvidan de sí, de ser expresadas. En la punta de los labios trémulos hay un dejo de piedad y de azoro. También flota, y se impone, la sensación visceral de ser devastado por un acto injusto y, de pronto, un pasmo que se traga, voraz, el orden racional. Una ligereza lleva no sólo a la mirada, sino a toda la conciencia de la que se es capaz, a una última cita con una fisura que succiona y engrandece lo último del ser orgánico. Un vuelo final de entrega a la inmensidad luminosa, en plenitud. Alrededor, en un atisbo rezagado, lo conocido, la suma del sentir y el percibir, lo más abstruso y lo más claro se desplazan lentos, aunque sea un trayecto vertiginoso e intenso hacia la nada en una fuga sin fin. Tales, cuentan los que la han vivido y vuelto al mundo de lo tangible, la experiencia de la muerte. Han sentido el porvenir de todos nosotros. La amnesia que ignoramos. Y también debe ser el trance de los decapitados. Atrás quedan las manos atadas y el cuello rígido, o en una silla, o de hinojos ante el cadalso. Un ruido que sisea muestra su voluntad de eternidad, y los párpados se entrecierran en un impulso extático. El cuerpo desaparece, convulsivo, incrédulo, mudo. Víctima de una sustracción elemental, el dolor brota tan intenso que escapa a su entendimiento. Todo se oscurece: el sol, los colores cotidianos, los recuerdos, los afectos, lo que fue motivo de apego, o delirio, o indiferencia, la discordia y el intervalo que llamamos dicha. Una extrañeza que desconoce el propio rostro, o las manos y su

temblor, el sabor del aire. El mundo es un giro puesto al revés. El puro estar en suspenso. Y luego, la noche.

Pienso en aquello mientras contemplo el mar. E imagino la interioridad de la decapitación como un teatro secreto, en el que confluyen los testimonios de quienes han observado decapitaciones y las palabras de quienes han estado en el umbral de la muerte y han sobrevivido. Como, durante breve tiempo, mi hermano mayor. Su corazón guardaba un defecto de nacimiento y, al paso de los años, se agravó al calcificarse una arteria. Una mañana, mientras se sometía a una prueba clínica, un ejercicio de esfuerzo, cayó al suelo, incapaz de resistir. Fue reanimado y, cuando despertó, su mirada había cambiado. Y era él, pero ya no era él, a quien conocimos. No sólo tenía los ojos melancólicos y perplejos: llevaba en ellos una hondura extraña, de bondad pétrea, de viajero antiguo proveniente de un ultramar monstruoso. La intención puesta en algo que a otros se nos escapaba. Se le volvió un tema recurrente, casi un gesto obsesivo, hablar de la luz que contempló. Deambulaba en su vida de retiro inmerso en la nostalgia de aquella luminosidad. ¿Con quién parecía dialogar en silencio? Oscilaba en una encrucijada difícil, y los mismos platillos y el vino que antes disfrutaba le sabían distintos. Comenzó a hablar de sí en tiempo pretérito. Se despedía poco a poco de nosotros. Debieron realizarle una operación quirúrgica para restaurar su salud. Sobrevivió mal. Su despedida se alargó, estupefacto frente a lo que acontecía, puesto en vilo entre aquel resplandor y su vida, ya cancelada. Un mero inventario para otros en el que ejercía de mayordomo discreto. El relato de su encuentro con la luz final me ha rondado a últimas fechas. Pasaron ya más de diez años desde que mi hermano murió. Sólo en sueños hablamos.

El mar adviene y escucho el golpe tenaz de las olas contra los riscos. Distingo la voz de algún niño que parece resonar en mis pensamientos. Mucho tiempo atrás visita-

mos este hotel con nuestros padres. El Mirador, se llama, y se encuentra en la bahía de Acapulco. Abajo, muy cerca, se observan unas rocas altas del litoral hacia la costa grande denominadas La Quebrada. Cuando el puerto de Acapulco inició su destino turístico medio siglo atrás, comenzó también un espectáculo modesto, pero riesgoso, de clavadistas morenos de tanto sol, la piel brillante por el aceite de coco. Se arrojaban en una caída libre de cuarenta metros desde aquel peñasco hasta el mar afilado de olas en rebato perpetuo. El estruendo alegre del cuerpo al entrar en el agua me llega ahora. Los turistas aplaudían el lance y los ayudantes del clavadista en turno recogían las monedas de regalo. Recuerdo el aroma del mar, la exultación en el aire, sal en el olfato, pescados que boqueaban sobre la arena fina y guisos picantes. El calor en las plantas de mis pies, el rastro de las hormigas y el ardor inmediato en la piel. Barcas viejas en muelles ruinosos. Y redes en sopor sobre la madera ennegrecida de tiempo. La gente amable, su habla que tornaba asperezas en melodías, la tentación de las olas. El grito agudo que ahora recupero. Un mundo de espuma y de risas, de festejo y de fatiga al final del día. El manto familiar y la leche tibia en los bungalows o pequeñas casas blancas y azules que las familias rentaban durante días. Un amanecer se esclarecía allá.

El Mirador luce muy distinto ahora. En las inmediaciones de La Quebrada la violencia se ha instalado. Extraigo de una maleta unas fotografías que llevo conmigo. Al hacerlo me lastimo un dedo por torpeza contra un filo de metal. Estamos mis padres y mis hermanos sentados en esa veranda que vuelve a unirse con mis recuerdos: ahora el hotel ha crecido hacia un lado en donde múltiples cuartos se han construido. La oficina principal muestra todavía los relojes con la hora de Nueva York, Londres, Buenos Aires. El resabio de una aspiración mundana ya perdida: desde tiempo atrás, Acapulco ha dejado de ser un destino favorito de los extranjeros para convertirse en un puerto al

que vienen a disfrutar los viajeros de otros lugares del país. De Michoacán, de Jalisco, de Colima, de Nayarit, de Sinaloa, o de otras partes en las que el comercio, el trasiego, los negocios del tráfico de estupefacientes han mejorado la economía.

Primero llegaron los grandes jefes, y se instalaron por temporadas en los lugares que antes fueron exclusivos de banqueros, industriales, empresarios. Después acudieron los competidores de aquéllos. Ciudad intempestiva, proclive de origen al negocio inmobiliario y las grandes inversiones, a los acuerdos de poder lícito e ilícito, era idónea para el crecimiento de la economía subterránea o informal. Acapulco, un ensamble de lujo y hambre, como la definió un cronista. Las inversiones que sirven para limpiar la procedencia turbia del dinero, fueron la plataforma de un negocio que persuadía con la frase «plata o plomo», y que después dejó de ser pertinente. En comunidades desiguales, todos prefieren la plata, pero esta preferencia unánime lleva consigo la discordia, y se desbordan el plomo y la sangre.

El comedor de El Mirador tiene buena fama. Disponen de un servicio de bufet por las mañanas, y una carta de platillos variada que atrae a políticos, empresarios, periodistas. Los desniveles del terreno en el que está construido el hotel hacen descender una escalera a una terraza con vista al mar. El tufo del insecticida y los aromatizantes frutales se confunde con el de los platillos, huevos y frijoles fritos, salsas, condimentos, tortillas de maíz, tocino quemado y aguas de papaya y sandía. En las mesas, se escuchan conversaciones animadas de hombres vestidos con camisas blancas o azules y mocasines, y mujeres de blusa floreada y faldas largas o cortas de tela ligera, sandalias o tacones. La música ambiental los incita a charlar en voz alta. En las orillas, quienes saben del poder y el dinero que mueve la ciudad, oro en los relojes o pulseras,

hablan en susurros, los gestos cordiales, la parsimonia mutua.

El Mirador forma parte de lo que denominan allá el Acapulco tradicional, un barrio de precario urbanismo, a medio camino entre las obras siempre inconclusas, la pobreza y la incuria, a la vez colorido y lleno de personas en busca de la supervivencia. Las calles cuesta arriba y estrechas se saturan de coches y camiones cuyos conductores se exasperan de sí mismos y hacen sonar la bocina colérica, o dejan escuchar a todo volumen la música que escuchan en un contradictorio afán sedante: hip hop a ritmo de cumbias o vallenatos colombianos, aplicaciones afroantillanas en plan tecnoelectrónico, baladas gemebundas, bandas de música regional de Sinaloa que usan la tuba y el falsete del cantante en contrapunto. Las aceras y el pavimento muestran roturas entre las que se filtra el agua potable y la del drenaje. En las accesorias comerciales se expende ropa multicolor importada de China y otras mercancías de contrabando, bisutería y copias piratas de películas y discos musicales. Abundan las academias y las escuelas de comercio o computación en una ciudad en donde la mayor parte de los pobladores son jóvenes. También proliferan las cantinas, los centros nocturnos, los prostíbulos ruidosos, el neón rojo y la cerveza por decena en un cubo repleto de hielo, la luz estroboscópica que emite sus relámpagos. Bajo su hechizo, la rapidez se vuelve intermitencia lenta y convierte en narcosis lo sensible. Si Acapulco se inició como un paraíso cosmopolita para los extranjeros y los mexicanos que podíamos viajar allá, ahora vive su reencuentro con la selva al ritmo de la cultura planetaria.

El director de un periódico local me cuenta que Acapulco dejó de ser el sitio pleno de encanto que fue medio siglo atrás, cuando viajaban al puerto las estrellas del cine de

Hollywood, Orson Welles, John Huston, Rita Hayworth, Johnny Weissmuller, Ava Gardner, Frank Sinatra, María Félix, o John y Jacqueline Kennedy, el petrolero J. Paul Getty. Y Elvis Presley, que protagonizó allá la película *Diversión en Acapulco*. El ascenso de los comunistas en Cuba, la clausura de la isla en tanto territorio de libertinaje, le dio su auge al puerto mexicano. Se instalaron las grandes cadenas hoteleras, los restaurantes, centros nocturnos y fraccionamientos de lujo.

Mientras circulamos por la avenida Costera, me señala con su brazo los hoteles construidos al borde de la playa, en los que se observa escasa actividad. «Hay un índice muy alto de desocupación hotelera», explica: «la violencia terminó con Acapulco, el narcotráfico es ahora lo que da vida a la ciudad, ya que sus inversiones están en todos lados, los narcos son los dueños», apostilla, reflexivo. Me comenta que la prostitución se ha vuelto una fuente primaria de trabajo para los jóvenes más pobres, y voltea hacia las montañas, en la parte trasera de la bahía, en donde se asientan los barrios marginales. Le comento que, me han descrito, en esos barrios hay incluso prostíbulos ambulantes, camiones en los que se puede disfrutar de bebidas y espectáculos con bailarinas desnudas que se desplazan en torno de un tubo vertical mientras suena la música a todo volumen. Bangkok en miniatura en medio de frenazos, baches, calles abruptas. «Eso no es lo peor...», y guarda silencio. Como en otros destinos turísticos del país, prolifera la depredación sexual de niños, niñas y menores de edad en cualquier parte. Miles. Las prostitutas, incluso niños y niñas, son tan baratas como un gramo de cocaína: diez o veinte dólares.

Cuesta abajo en la catedral, cuya plaza está frente al paseo de la bahía, los santos y las vírgenes bostezan ante la ausencia de feligreses, las flores lucen marchitas en sus jarrones. A un lado, niños de pantalón corto y sandalias de plástico regalan volantes de una pizzería que acaba de

abrir sus puertas. Me encamino de regreso al Mirador y piso a propósito una mancha parda, ya casi borrada, que me evoca la sangre de un funcionario del gobierno local asesinado a las puertas del hotel días atrás. Llegaba a las ocho para desayunar como era su costumbre, y dos hombres le comenzaron a disparar con armas de calibre nueve milímetros. Fueron más de diez tiros que alcanzaron cristales y puertas del coche en el que viajaba. Saltaron astillas de vidrio y metal. La víctima corrió, herido, para tratar de escapar, farfullaba en busca de auxilio. Quedó yerto a la entrada del hotel. Regreso sobre mis pasos y trato de atestiguar la mancha de sangre, la coreografía criminal. Nada queda de aquello, lo han borrado. La gente muere y todos se apresuran al olvido. Así es en la costa, me dicen, así es en todos lados.

Aquel asesinato fue parte de una serie de crímenes que a la fecha han continuado en Acapulco, y cuyas víctimas son delincuentes, policías, funcionarios, empresarios, un periodista, agentes de inteligencia. La guerra de los traficantes de droga llegó a su clímax aquí cuando aparecieron restos de cuerpos descuartizados y las decapitaciones. Lo que era secreto, se convirtió en un alarde de retos explícitos entre los bandos enfrentados. Se desató una oleada de cadáveres que utilizó como adorno los mensajes escritos, o bien se multiplicaron los mensajes corporales sin letra de por medio. Incluso, al asesinar a dos personas en la Costa Grande, los sicarios advirtieron que la gente debería evitar el uso de vidrios oscuros en sus coches para evitar confusiones. Los amos de la noche también se intoxican con ella, y son incapaces de distinguir ni a sí mismos.

Acapulco, al igual que toda la provincia a la que pertenece, llamada Guerrero en honor a un héroe independentista que fue presidente del país, lleva un signo de tierra arisca y violenta. En la antigüedad precortesiana, se la conocía como Cihuatlán, lugar cercano a las mujeres, en

náhuatl, y vivieron allá diversas tribus, entre las que sobresalieron los purépechas, chontales, mixtecos. Y los yopes, siempre insumisos, y casi exterminados por los españoles en el siglo dieciséis. Durante la época de la colonia, fue zona de tránsito para el comercio que venía de China, de las Filipinas, dominio español. Un territorio montañoso que contrasta sus zonas de fertilidad en tierra caliente y semidesértica al sur. La ciudad colonial de Taxco fue importante, y allí nació Juan Ruiz de Alarcón, escritor de mérito que brilló en el Siglo de Oro español como fuente de escarnio de sus contemporáneos Francisco de Quevedo, o Pedro Calderón de la Barca, ya que era contrahecho, jorobado, pelirrojo, novohispano. En la colonia, se asentaron a su vez contingentes de esclavos procedentes de África. El puerto de Acapulco, una aldea durante siglos, sólo comenzó a crecer a mediados del siglo veinte, al convertirse en centro del primer desarrollo del turismo a gran escala en el país. Y llegaron los visitantes, el dinero, la fama, las leyendas.

A lo largo de aquel siglo, el litoral del Pacífico mexicano y sus comunidades crecieron un tanto ajenos a los prestigios del progreso en el centro del país. Oaxaca, Guerrero, Michoacán, las costas de Colima, Jalisco y Nayarit, así como Sinaloa y Sonora, representan otro modelo de crecimiento y de cultura, más apegados a su pasado profundo y a la naturaleza, menos encantados con los prestigios cosmopolitas excepto los que encarnaban como disfraz para la componenda mercantil. Sus orgullos regionales permanecen casi incólumes al paso de los años. Y los oriundos de cada provincia asumen su raigambre como emblema de una nacionalidad circunscrita a su alrededor, y un tanto reticente a las adopciones de lo que viene de fuera. Viven de tradiciones comunitarias apenas transformadas por los avances de la técnica y las comunicaciones. El ejercicio de la violencia, respaldo último del sentido de oriundez allá, ha sido un asunto compartido entre el

poder central, el poder regional y, ligado a ambos, el poder antiinstitucional, sea el de la guerrilla de izquierda o el del crimen organizado. Entre los guerrilleros, los que no fueron asesinados a balazos, fueron torturados hasta la muerte, y a veces arrojados desde lo alto de un avión frente a las costas, o sobre una laguna. O sus cadáveres cayeron en barrancas, fosas o pozos para desaparecerlos, allá en donde nadie oye ni nadie sabe nada.

En aquel litoral del Pacífico, cuatro décadas atrás, el Estado abrió un frente de guerra de baja intensidad contra dos enemigos: los guerrilleros en busca de una revolución que impusiera un régimen comunista en el país y los sembradores de mariguana en Guerrero. Los militares que dirigieron ambas operaciones terminarían implicados en el tráfico de drogas. En los territorios del litoral y hacia tierra adentro, en las altas montañas se han sembrado grandes extensiones de mariguana y de amapola. La explotación de la goma de opio, derivada de la amapola, ha proveído tanto a la industria farmacéutica como a la narcosis de los adictos en Estados Unidos desde la primera mitad del siglo pasado.

Cuando era niño, la amapola se cultivaba en algunos jardines domésticos como planta de ornato. Recuerdo a mi abuela materna cuidar, en su casa en Tlaltenango, sus flores de amapola que crecían en un jardín salvaje al lado de una finca en medio de árboles frutales, los guayabos, los chicozapotes, los naranjos y las granadas. Tlaltenango, en las inmediaciones de Cuernavaca, es una más de las múltiples poblaciones que bordean la carretera del centro hacia Acapulco. Allí llegó Hernán Cortés poco después de conquistar Tenochtitlan. En Tlaltenango se asentó el primer molino de caña de azúcar de América. A un lado de éste, del que permanecían los restos en forma de un arco y otros vestigios, se hallaba la casa propiedad de mi abuela, una construcción sencilla de una planta con una terraza interior que antecedió al jardín húmedo y cálido en decli-

ve hacia una pequeña barranca. Lo que fueron caballerizas de la casa, contaba mi abuela, estaban construidas sobre las ruinas de aquel trapiche inaugural. Eran los pasos de Cortés en aquella tierra. El tictac de un esbelto reloj pendular de madera resonaba en los altos muros y techos de la casa, de pocos muebles, y vigilaba la silenciosa vida de mi abuela, mestiza de breve estatura y piel tierna, morena clara, el cabello entrecano en trenzas antiguas. El viaje a Acapulco de la familia solía detenerse en Tlaltenango. Los trayectos de la infancia tienden a reproducirse siempre. La sensación alterna de curiosidad, angustia, placer, temor, estrépito me acompañan ahora cada vez que viajo al litoral del Pacífico. Una tarde en Tlaltenango, mi hermano me mostró la fecha que se leía en las ruinas del arco: una cifra formada con piedra porosa, tezontle, del color de la sangre coagulada, en caracteres romanos: mil quinientos veintisiete. Es la cifra que recuerdo. Me tomó de la mano y subimos, por una escalera de madera que apoyó en el muro lateral, a la parte superior del arco. Caminamos encima y a lo largo de aquella construcción entre cuyas grietas crecía la hierba. A pesar de que sólo estaba a doce o quince metros de altura, fue la primera vez que registré una dolencia que me acompaña hasta hoy: la llaman vértigo de altura. Acrofobia: un llamado del vacío, un nudo hecho de pánico y fascinación alternas frente al abismo.

Mi abuela, Andrea Rodríguez Villalpando, era benefactora de la capilla de Tlaltenango, cuya antigüedad también se remontaba a la conquista. Y nos permitía entrar y subir a la azotea, en la que se ordenaban las almenas y una pequeña torre campanario, propias de las primeras construcciones cortesianas en el nuevo continente. La vista se perdía en las montañas y la accidentada orografía plena de verdor. La capilla fue construida como un oratorio familiar. En el entresuelo para el coro, había un pequeño órgano de fuelle ya en desuso al que acompañaba la som-

nolencia del polvo y alguna telaraña. Las paredes de la capilla carecían de adornos, y sólo un Cristo presidía el altar. Olía a incienso y a maleza. Mi abuelo cultivaba flores, legumbres, frutas en sus huertos, que llevaban a la capital a vender de cuando en cuando. En los años de la lucha armada de los indígenas contra el gobierno, a principios del novecientos, mi abuelo fue sujeto a la leva de los insurrectos encabezados por Emiliano Zapata, quienes le robaron el dinero que guardaba en latas bajo la cama; decenas de monedas de oro y plata. Una hermana de mi madre, la mayor, de cinco años, murió de susto por presenciar la violencia de la soldadesca. La tía que nunca tuve. Una fotografía en tonos sepias registra a los cuatro antes del desastre. Leónidas, se llamaba la niña que murió. Llevaba el mismo nombre que dos héroes decapitados: uno espartano, el otro cristiano. Al ser tomada la imagen, ella se ensimisma y roza un encaje de su vestido blanco, hurta para siempre su mirada al mundo de los vivos. Ignoro cuánto tiempo mi abuelo fue obligado a estar en la leva de aquel ejército precario. Ni mi abuela ni él hablaban de aquellos años, de los que sólo quedaban ecos dispersos en alguna plástica. Ella solía evocar el tiempo más remoto, su infancia, o sus visitas a la capital, la figura en un desfile del presidente de la República, vencedor del ejército francés. Su mente elegía recordar el orden, lo apacible, evitaba al menos frente a los niños hablar de hechos de sangre, o de abusos. Refería leyendas de aparecidos que cabalgaban por las calles empedradas en busca de venganza después de la medianoche. Con mi madre al lado lloraba, pañuelo en mano, y conversaba en susurros. Su llanto me intrigó siempre, desconozco por qué lloraba. Sólo resuena en mis oídos la sospecha de un dolor hondo, telúrico, salvaje. Cada vez que oigo llorar a una mujer, oigo llorar a mi abuela. El lamento por una pérdida o agravio que antecede la voz de quien llora. La mano derecha de mi abuelo carecía de una parte del dedo anular. En corrillo, los niños confiába-

mos entre nosotros la causa revelada por algún adulto: era una herida de la guerra civil. Un tiro de bala le había cortado el dedo. Pasarían muchos años antes de que supiera otra historia: los insurrectos que lo llevaron tenían la costumbre de mutilar un dedo de la mano a quienes se resistían.

Al morir mi abuela dejamos de visitar su casa. Lo que había sido una aldea en el camino a Cuernavaca y la ruta hacia el Pacífico, se convirtió en un barrio populoso de esa ciudad. La casa fue tomada por intrusos familiares. A veces he vuelto allá para visitar amistades. Jamás he regresado a Tlaltenango.

Años atrás, una amiga que vivía en Cuernavaca casó con un médico, muy cercano al gobernador de entonces. El hijo de éste se divertía con sus amigos y seducía a jóvenes que acudían a sus festejos, en los que, al decir de algunos, se consumían alcohol, marihuana, cocaína hasta el exceso. Una noche, aquel sujeto se encerró con una muchacha en un cuarto de baño. Ella apareció muerta. El médico de confianza del gobernador fue llamado de urgencia para que atestiguará los hechos. El esposo de mi amiga. La familia de la víctima denunció la maquinación de una mentira con el fin de evitar el encarcelamiento del violador y asesino. La policía pudo encubrir el delito y las autoridades ministeriales obstruyeron la justicia. La familia del gobernador era intocable. La ciudad acogía a los mayores traficantes de droga del país, uno de los cuales tenía su mansión al lado de la del gobernador. Con la llegada de tales criminales se generalizó el consumo de cocaína y marihuana, los negocios turbios y otras industrias ilícitas, el secuestro, la extorsión, las corruptelas. El médico aquel fue asesinado días después por un sicario que le disparó un balazo mientras aguardaba, en su coche, a alguien que lo había citado. A todas luces fue una celada para deshacerse de un testigo comprometedor, y la policía maquinó también el motivo del crimen: una borrosa afrenta que di-

famaba al médico. Nunca se detuvo al asesino. En la ciudad florecieron como nunca antes los conciertos de música, las artes escénicas, las conferencias literarias. El antiguo gobernador y su hijo, a la fecha, se dejan ver sonrientes en los restaurantes de la capital. A veces, el ahora ex gobernador escribe artículos de prensa en los que elogia la importancia del respeto a la ley.

La carretera de la capital hacia el Pacífico ha sido favorita de los militares, policías y delincuentes para dejar a su orilla los cuerpos de sus víctimas, ya sea enterrados o a cielo abierto, en donde los perros y las aves de rapiña los desaparecen. O bien han metido cadáveres en tambores de lámina rellenos de cemento. Décadas atrás, una docena de opositores políticos fueron asesinados allá. A la fecha, se pueden ver las cruces de hierro que resguardan su memoria. El camino hacia el Pacífico ha sido una senda presagiosa.

En los últimos veinte años en México, el uso de los cuerpos como mensajes se incrementó conforme las actividades de los traficantes de droga se volvieron públicas. Antes su tarea era silenciosa y oscura. El tráfico de drogas hizo que la violencia construyera usos e incluso ritos con la sangre de las víctimas. Mujeres a las que se llegaba a mutilar en vida un pezón a mordidas o se les cortaba un trozo triangular de piel. Cadáveres que eran arrojados a una fosa y rociados con una mezcla de cal y ácidos para que aceleraran su desaparición. Víctimas asesinadas con tiro de bala en la frente, en la oreja o en la boca para indicar, en cada caso, una advertencia a traidores, entrometidos y delatores. En fechas recientes, les inscriben a las víctimas en la frente una letra Z como firma de un grupo delincriminal, abren la tráquea para jalarles la lengua por el corte, le llaman corbata colombiana; descuartizan los cuerpos y arrojan los restos en un recipiente en el que ponen petróleo y le prenden fuego hasta que se quema todo, le nombran horno. Otras veces, vierten en una pipa cocaína y cenizas